

A COMER FUERA DE CASA

Llamó el cartero y entregó a doña Gertrudis una postal lindísima y perfumada, diciendo:

—Para don Agustín.
—¿Eh? ¿Una carta? — preguntó aquella admirada. — Y para mi marido...

—Dámela a mí, mamá — gritó uno de los niños.
—No; a mí — lloriqueó el otro. — ¿Es el as de oros? ¡Yo quiero la carta!

—¡A callar! — murmuró don Agustín, dejando la mellada navaja con que estaba acabando de afeitarse. ¿De quien será?

—¿Conque tarjetas postales para tí? Pues si nunca nos escribe nada... A ver... ¡Cielo santo! De una mujer... Agustín, tú me engañas.

—¡Bah! No seas tonta; dámela. La leeremos.

«Agustín, esta noche, a las siete en punto, venga a cenar conmigo. He de hablarle de algo importante. He llegado hoy. Hotel X. — RAMONCITA.»

—¡Es extraño! Ramoncita... no conozco a ninguna señora de este nombre...

—No finjas, Agustín. Portarse así conmigo, a los veinte años de matrimonio... ¡Si siempre has sido coquetol!

—No seas malo, papá, que te encerrarán, como a nosotros, en el cuarto obscuro.

—¡Basta de tonterías! Esa tarjeta no debe ser para mí. Te lo aseguro.

—¿Que no? Ahí están, aunque algo borrosos, tu nombre y apellido. ¿Atreverse a escribirte esa...

¡Dios me perdone! No sabrá que eres casado; como si lo viera. ¡Ah, los hombres sois muy embusteros!

¿Conque Ramoncita? ¡Qué confianza tendréis, cuando así firma Ramoncita... ¡Qué monadal! ¡qué tierna se muestre! ¡Infame! Y a tu edad... a los cincuenta y tres... ¡viejo libidinoso! ¡Feol! ¡Libertino!

—Cálmate, Gertrudis; no me zahieras sin motivo alguno; no me insultes. Ramoncita puede ser muy bien la esposa de un ministro, la del á quien tantas veces he solicitado destino. Conocerá mis memoriales, y tal vez haya venido, por orden de su marido, á esta población, á traerme la credencial. ¿No te suena ese nombre á ministra? Las mujeres de los personajes firman así, en diminutivo, no lo dudes, aunque sean altas y gruesas. Es costumbre. Además, al hotel X van siempre las mujeres de los ministros. Es un hotel muy elegante. Y en lo que á mí respecta, no soy viejo, que digamos. Aún conservo la mitad del cabello y cinco dientes. Tú misma me has llamado hermoso cientos de veces, y otras no me has hallado del todo despreciable. No lo digo por darme tono.

—Sí, eres guapo, papá, cuando te tiñes los bigotes.

—Y mamá también, cuando se pasa el corcho por las cejas.

—¡A callar, chiquillos, ú os meto en la carbonera!

Don Agustín pretendió, en vano, calmar á su costilla, y se entretuvo en embetunar sus botas, una levita de la edad de él y un sombrero de copa que parecía un erizo. Peinóse con bandolina, se rizó las guías del bigote y se recortó los hilos que descaradamente huían por el final de sus pantalones, mientras doña Gertrudis murmuraba sin descanso, acusándole de infiel y maldiciendo de su coquetería.

—Abusas de mi paciencia, — exclamó al fin él. — Si acudo á esa entrevista es por el

bien de mi familia. ¿Tú sabes los beneficios que de ella pueden resultar?

—Lo que sé es que los del sexo fuerte sois muy inflamables. Y esa Ramoncita será bella, elegante, y olerá á esencia cara, como su tarjeta.

¡Ay de mí, que vivía tranquila, y esa señora da al traste con mi felicidad y con la de mis criaturas!

¡Qué mujeres, madre mía! No salgas, hombre. Mira que hace fresco.

—¡Aunque estuviera helando!

—¡Muy bien! Mientras nosotros tomemos esta noche escarola, como los canarios, tú te atracas de pollo asado.

—Papá, tráeme la cresta del pollo, y las plumas.

—Y á mí una pata.

—No queráis nada de él! ¡Ese hombre va á perderse!

—No te pierdas, papá.

—Mira, si te pierdes, avisa á un municipal; él sabe las calles y te traerá á casa. ¿Te acuerdas cuando me traje á mí?

—Adiós, Agustín. Procura por todos los medios no faltar á la fe jurada.

Adiós, papá. Tráenos muchas cosas de la fonda. Patatas fritas, las plumas del pollo y arroz con leche.

—Adiós!

Adiós!

D. Agustín salió de casa y pasó impaciente hasta que oyó tocar las siete. Al escuchar la última campanada se presentó en el hotel.

A las siete y media regresaba á



C. VIÑAS.



CARMEN MORENO.



CONSUELO ESTRADA.



R. PASCAL.



JOAQUÍN TORRES CANOSA.



MARÍA MORATÓ.

APUNTES DE LOS ALUMNOS DE LA CLASE DE PAISAJE DE LA ESCUELA DE BELLAS ARTES DE BARCELONA



MIR.

han reído de mí y qué ratito me han hecho pasar... Aunque la letra no es del todo buena, en la tarjeta se leen las señas de esta casa, mi nombre y casi mi apellido.

—Nuestros apellidos son casi iguales; usted habita en el piso cuarto; yo soy el nuevo huésped del principal. Ruego á usted me entregue esa tarjeta para, á mi vez, entregársela á doña Ramoncita, mi cliente, de quien soy abogado.

—¿De manera que usted es ese don Agustín á quien convidan? —interrogó doña Gertrudis, á quien se le quitó un peso enorme del alma.

—El mismo, señora, que viene á deshacer



B. PUIG.



BUENAVENTURA PARCH.

el lapsus. Y como por la portera sé quienes son ustedes, júzgome presentado y amigo. Ya ha ocurrido en el hotel una escena muy graciosa, según me han contado, y como doña Ramona, á quien he ganado su pleito, está muy contenta, me ruega invite á todos ustedes á cenar con nosotros.

JULIO VÍCTOR TOMEY

EL DESEO

(FACETA)

ANDANDO por los caminos del mundo, que sin cesar ven sus cuerpos sin sombra, toparon impensadamente la Muerte y el Deseo: tanta era la prisa que se daban.

El tolozón hizo que se detuvieran, y como si de dos personas cualquiera se tratara, dieron en la flor de enfadarse.

—¡Miren el estúpido! — exclamó la Muerte. Suerte tienes en ser de mi casta; de lo contrario no contarías ésta. ¿Acaso no tienes ojos? ¿Quién te mete prisa?

—Probablemente no serás tu

su domicilio. Llamó con fuerza, dió un portazo y entró suspirando y tirando el sombrero.

Rodeóle su familia.

—¿Me has sido infiel? ¿Era muy hermosa? ¿Te han dado el destino?

—¿Nos traes caramelos? ¿Te ha acompañado el municipal?

Antes de contestar á aquel aluvión de preguntas, sonó otra vez el timbre.

—¿Quién será? — exclamaron todos.

Un caballero preguntó: —¿Don Agustín Alvarado?

—Alvareda, querrá usted decir.

—No señor. Agustín Alvarado; otro que debe llamarse como yo, y se permite hacer visitas por mí.

—¿Cómo! ¡Ah, vamos! Usted es la persona á quien esta postal está dirigida.

¡Valiente chasco me he llevado! Si viera usted qué cara me han puesto el portero, los camareros y la señora... y cómo se

flacucha. Llegaba prisa porque necesitan de mi presencia muchos hombres; y ya ves que estamos des-poblado.

—¡Bah! Tu tarea es fácil. Tú no has de elegir entre los hombres como á mí me cumple hacerlo. Y, además, con animarles estás al cabo de la calle, mientras que yo he de cuidarme de todo cuanto vive.

—¡Vaya por la calavera presumida! ¡Imaginas acaso que sólo los hombres necesitan de mí? Yo he de vivificar con mi soplo á las bestias y á las plantas.

¿Cómo se alimentarán los hombres si los animales no se reproducen? ¿cómo comieran los animales si no creciera la hierba? Yo soy el alma universal, el soplo vivificante de todo lo creado. Si alguna vez pudiera sucumbir á tus golpes, habías acabado ya tu trabajo. Yo puedo y debo prescindir de tu fea presencia; tú, en cambio, no puedes trabajar sin mi ayuda. ¿Qué sería de ti el día que permanecieses inactiva? Sabe que para trabajar te es necesario desearlo y que sin mí ya no existieras, ya no fueras el espanto de los miedosos y de los malvados. ¡Paso, pues; paso al Deseo soberano!

—¡Bah! Tu tarea es fácil. Tú no has de elegir entre los hombres como á mí me cumple hacerlo. Y, además, con animarles estás al cabo de la calle, mientras que yo he de cuidarme de todo cuanto vive.

—¡Vaya por la calavera presumida! ¡Imaginas acaso que sólo los hombres necesitan de mí? Yo he de vivificar con mi soplo á las bestias y á las plantas.

¿Cómo se alimentarán los hombres si los animales no se reproducen? ¿cómo comieran los animales si no creciera la hierba? Yo soy el alma universal, el soplo vivificante de todo lo creado. Si alguna vez pudiera sucumbir á tus golpes, habías acabado ya tu trabajo. Yo puedo y debo prescindir de tu fea presencia; tú, en cambio, no puedes trabajar sin mi ayuda. ¿Qué sería de ti el día que permanecieses inactiva? Sabe que para trabajar te es necesario desearlo y que sin mí ya no existieras, ya no fueras el espanto de los miedosos y de los malvados. ¡Paso, pues; paso al Deseo soberano!

—El mismo, señora, que viene á deshacer

el lapsus. Y como por la portera sé quienes son ustedes, júzgome presentado y amigo. Ya ha ocurrido en el hotel una escena muy graciosa, según me han contado, y como doña Ramona, á quien he ganado su pleito, está muy contenta, me ruega invite á todos ustedes á cenar con nosotros.

No siempre el golpe que nos derriba nos abate; á veces, á él debemos nuestra futura elevación.

J. U. S.



FRANCISCA MARSANS.



JOAQUINA VACARISAS.

APUNTES DE LOS ALUMNOS DE LA CLASE DE PAISAJE DE LA ESCUELA DE BELLAS ARTES DE BARCELONA



EN LOS TOROS

ALBERTO BERNIS

El *Barnum* catalán, como llaman familiarmente á Alberto Bernis, nació en Molins de Rey el 16 de Agosto de 1850.

Dedicóse al comercio en sus primeros años, pero sus aficiones teatrales llevóle por otros caminos y después de haber fundado en 1868 la sociedad Mate, que actuó en los teatros «Romea» y «Español», tomó por indicación de su propietario, el famoso Ignacio Elías, la empresa del teatro de «Novedades», donde dió á conocer por primera vez á los malogrados é insignes artistas Teodora Lamadrid, Rafael Calvo y Emilio Mario, cuya muerte lloran todavía los amantes del arte dramático español.

En el propio coliseo organizó una compañía de ópera que dirigió otro catalán ilustre, don Juan Goula, formando parte de la misma el que muy pronto había de ser el célebre bajo Uetam, y estrenando la ópera del maestro Marchetti, *Ruy-Blas*.

En 1872 la Administración del Hospital de la Santa Cruz cedióle en arriendo el teatro «Principal» de esta ciudad, inaugurando aquella empresa con una compañía dramática de inolvidable memoria, en la que figuraba Elisa Boldun, Rafael y Ricardo Calvo, Donato Giménez y los hermanos Fabiana y Domingo García. Secundado por el nunca bastante llorado pintor escenógrafo Soler y Roviroza, concibió la idea de presentar grandes espectáculos, como *La Almoneda del Diablo*, *La Redoma Encantada* y *La Magia Nueva*, de las que se dieron centenares de representaciones; pero como cada una de ellas costaba un capital, se hizo indispensable explotarias fuera de Barcelona, y con este propósito marchó nuestro biografiado á Madrid el 1874, y arrendando el antiguo teatro del «Circo de la Plaza del Rey», hizo construir un escenario con todos los adelantos modernos para representar los citados espectáculos.

Por aquella misma época se había estrenado con éxito ruidosísimo, la ópera *chef d'oeuvre* de Verdi, *Aida*, y no obstante los cuantiosos gastos que ocasionaba su presentación en escena, decidióse á darla á conocer al público barcelonés, y como en Bernis, decidir una cosa es sinónimo de ejecutarla, estrenóse *Aida* en nuestro teatro «Principal» el mes de Abril de 1876, teniendo por intérpretes á la Singer, á Barbacini y Roudil.

Desde sus comienzos, la fortuna había sonreído siempre á don Alberto Bernis, pero en el infausto 13 de Noviembre de 1876 volvió las espaldas, y un voraz incendio que llenó de pavor al vecindario de Madrid, destruyó el teatro del «Circo», y con él, el grandioso espectáculo *La Magia Negra*, ó *El Testamento de un brujo*, cuando sólo llevaba dos representaciones, y todo el vestuario y atrezo de la *Redoma Encantada*.

Las muchas simpatías de que ha gozado siempre Bernis, manifestáronse entonces ostensiblemente y todos los teatros sin excepción dieron funciones á beneficio de los artistas que quedaban sin contrata. También el malogrado Monarca Alfonso XII y S. A. la Infanta Isabel, contribuyeron á aminorar en lo posible la angustiosa situación en que colocaba al empresario del «Circo» de Madrid aquella horrenda desgracia. Hasta el Congreso de Diputados quiso asociarse al proyecto de reconstruir las decoraciones, vestuario y atrezo incendiados, concediendo al efecto una subvención; pero agotada la consignación en los presupuestos destinados á calamidades, tuvo que desecharse la realización de aquella idea, y entonces Bernis abandonó la Corte haciendo cara á la adversa fortuna, al frente de la empresa del teatro «Principal».

Con ayuda de amigos y sin arredrarse por el fatal contratiempo, construyó de nuevo el vestuario y atrezo de *La Almoneda del Diablo* y *La Redoma Encantada*, cuyo decorado se había salvado del incendio, por estar almacenado lejos del teatro, y en 1880, ávido de reconquistar lo perdido, embarcóse con rumbo á América y llevó aquellos espectáculos á la Habana y México, y luego al *Niblo's Garden* de Nueva York, para representarlos en inglés; más la mala traducción de la obra fué causa de que al público no le satisficiera y se viera sumido otra vez el *Barnum* catalán en la ruina.

Regresado á la madre patria en 1882, obtuvo la empresa del «Gran Teatro del Liceo», á pesar de las influencias que se pusieron en juego por otros empresarios, y desde entonces y gracias á su pericia é inteligencia han pisado la escena del citado coliseo, los artistas de más valía del mundo musical, entre los cuales recordamos á la De Cepeda, Mariani, Massi, Tehodorini, Borghi Mamo, Vitali Augusti, Singer, Torresellas, Galli-Morie, Pasqua Kuffer, Donadio, Sembrick, Paccini, Beudazzi-Garulle, Borelli, Naudin-Gobbé, Repetha Trissolim, Schalehi Lolli, Sthal, Bellincioni, Vanzauti, D'Erhesten, Storchio, Tetrizzini, Gayarre, Massini, Stagno, Barbaccini, Marconi, Bonci, Garbin, Cardinali, Engel, Valero, Duch Garulli, D'Archi Van Dichs, Mariacher, Biel, Palet, Maurel, Blanchart, Davayot, Kashmann, Pandolfini, Giraltoni, Sanmarco, Menotti, Butti, David, Uetam, Vidal Navarri, Perelló, Boudoresque, etcétera, etc.

Durante la empresa de Bernis, se han estrenado en el «Liceo» las óperas siguientes: *Francesca di Rimini*, *Il Ducca D'Alba*, *Mefistofeles*, *Amleto*, *La Gioconda*, *Lohengrin*, *Vacello-Fantasma*, *Der Freyschütz*, *Otello*, *I Pescatori di Perles*, *Carmen*, *Gli Amanti di Teruel*, *Orfeo*, *Bella-Fanciulla di Perth*, *Garin*, *Manon*, *Pagliacci*, *Henry-Clifford*, *Amico-Fritz*, *Peppita Giménez*, *Falstaff*, *Sansone é Dalila*, *Nerone*, *La Bohème*, *Tristano é Isotta*, *Ifigenia in Tauride*, *Fedora*, *Sigfrido*, *Iris*, *Crepusculo degli Dei*, *I Pirenei*, y los bailes *Messalina*, *Rodope*, *Coppelia*, *Die Puppenfee*, *Silvia* y *Farotte*.

A nuestro entender, sin embargo, y sin riesgo á pecar de exagerados, ni siquiera de lisonjeros con el señor Bernis, pues nuestra modesta pluma de periodista está acostumbrada siempre á rendir culto á la justicia, cuando la labor teatral del señor Bernis merece ser más elogiada es á raíz del atentado anarquista de 1893; todo el mundo creía imposible ver nunca más en estado floreciente el primer teatro de Barcelona, y sin embargo, un acto de osadía debía demostrar todo lo contrario. Nos referimos á la contrata de la eminente artista Mme. Darcée, cuya aparición bastó para que el público saliera de su estupor y perdiera el miedo que se había enseñoreado de nuestras clases directoras.

Los propietarios de nuestro «Gran Teatro del Liceo», no deberían nunca olvidar que si Bernis, después de aquella luctuosa noche del 7 de Noviembre de 1893, no se hubiese arriesgado á escribirse á artista de tanta valía, tal vez, y sin tal vez, el público no hubiera salido de su justificado retraimiento, y entonces, quién sabe la suerte que habría cabido al «Gran Teatro del Liceo». A Bernis y sólo á Bernis, cábele la gloria de ello, que, como Jesucristo á Lázaro, dijo: «levántate y anda...» y ya ven nuestros lectores el estado floreciente de nuestro primer teatro lírico.

Fot. de Audouard.

D. SIMÓ